



## CAPÍTULO X.

---

DE CÓMO DOÑA REFUGIO PREFERÍA  
EL CALABOZO Á LA MAROMA.

**D**ONDREMOS al tanto al lector de lo que en aquellos momentos estaba pasando entre Salomé y doña Refugio.

Cuando Salomé so vió libre de sus jueces y al lado de doña Refugio, habló de esta manera:

—Señora, la Providencia no me ha abandonado, en el hecho de tener á usted á mi

lado, y de ser objeto de un celo y de una solicitud que me llena de ternura hacia usted... ¡Ah! usted no lo puede comprender, porque tal vez nunca ha sufrido; pero yo que he llorado tantos años, yo que vivo abandonada de todo el mundo, yo que no he recogido desde que fui culpable más que reproches y censuras, más que desengaños y penas, yo sé valorizar las acciones de usted, yo comprendo todo lo que valen sus servicios, todo lo caro que son para mí sus sacrificios.

—No hago más que cumplir con un deber, y sobre todo yo gozo con socorrer á los desgraciados; no hay para mí mayor placer que consolar al que padece.

—¡Es usted muy buena, señora! y no tiene usted una idea de lo que siento al pensar que nos van á separar, y que no siendo usted, señora, no habrá quién se interese por mí.

—Me he propuesto amparar á usted y tengo empeño en cumplirle mi palabra. Deseo por lo mismo que me cuente usted

la parte de su historia que quedó pendiente. ¿Lo recuerda usted?

—Sí, señora; debo decir á usted de qué manera he llegado á tener noticias de mi hijo.

—En la terrible noche en que di á luz á este hijo desgraciado, vi ahogarse mi alegría maternal en el sopor de la fiebre; y ni ese momento, señora, ni el único momento indemnizador de mis amarguras, ni el momento en que iba á oír el primer acento del hijo de mis entrañas pudo servir de compensación á mis desgracias.

—Salí de aquella fiebre como si volviera de nuevo al mundo, y lo primero que hice fué preguntar por mi hijo.

—Nadie me contestó; circularon á mi alrededor algunas miradas de inteligencia, y pretendieron hacerme creer que mi hijo había muerto. Querían consolarme y persuadirme de que aquello era providencial y que debía estar gozosa por su muerte; pero ¡ah! aquellas mujeres no eran madres y no sabían que una madre sabe cambiar su vergüenza por una caricia de su hijo!.....

—Mas tarde supe que la única persona que podía darme una noticia cierta había muerto y ya no me quedó ninguna esperanza.

—Pero una noche (algunos años después) supe que había desaparecido un niño huérfano que estaba en poder de un maestro herrador: tenía la edad que debía tener mi hijo, y oí, muerta de emoción, que aquel niño había sido abandonado, y se decía que el padre del niño había conocido á la que le dió el sér, en un cementerio..... y allí, señora, efectivamente, en un cementerio fué donde yo conocí á..... á mi amante.

—Desde aquel momento corroboré el presentimiento que había acariciado de que mi hijo vivía, y la certidumbre de su existencia, señora, fué entonces para mí el mas desgarrador de los tormentos.

—Llorar sobre una tumba cierta, es un consuelo triste; pero llorar desgracias que se adivinan, peligros que se sueñan, ideas de desolación que nos sorprenden á todas horas; llorar dudando, señora, es el mas punzante de los dolores.

—Mi hijo era una copa que depositaba todas mis alegrías mezcladas con todas mis lágrimas; ese sér desconocido era la encarnación de mis dichas pasajeras y de mis largas amarguras; y..... no lo conocía, no había podido recoger ni su primera sonrisa, ¡ay! siquiera una vez lo hubiera visto!..... Pero..... las madres tenemos otros ojos, señora, vemos á nuestros hijos al través de las distancias, y yo veo á mi hijo, porque lo siento en mi dolor y lo conozco en mis lágrimas; cuando veo mis lágrimas que caen sobre mis manos veo en ellas á mi hijo..... ¡es lo único que tengo de él! ¡Ah! estoy segura que lo conocería, lo adivino, sé cómo ha de ser, porque.... yo no creo en sueños.... pero muchas veces lo he visto dormida..... nada más durmiendo es como lo he visto!.....

Reinó por un momento un penoso silencio, durante el cual se percibían á lo lejos los ecos de la tambora del circo y algunas notas de la música.

Doña Refugio estaba profundamente conmovida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vol. 1425 MONTERREY, N.M.

Salomé, arrojando un suspiro, exclamó:

—¡Qué terrible es la expiación de la mujer culpable, señora! Si lo pudieran comprender todas las infieles, se dejarían matar antes que ser culpables!

—¡Es cierto! dijo impensadamente doña Refugio, no sabemos cuan caro se paga ese delito, porque.... nunca, nunca se queda impune. ¡Hay algo mas cruel que el verdugo, mas terrible que el castigo.... el remordimiento! ¿No es verdad?

—Sí, señora; el remordimiento es mas amargo que todo lo que el hombre pudiera inventar.

—Pero en fin, usted me ha dicho que tiene ya noticias ciertas de su hijo.

—Sí, señora. Había en el pueblo dos compadres que habían logrado hacerse notables por estar dotados de un espíritu de investigación extraordinario; pero no fué sino después de algunos años cuando llegué á enterarme de esta circunstancia; y valiéndome entonces de Gertrudis, mi criada

de confianza, logré hablar un día con uno de los compadres curiosos.

—Me enteró sin dificultad de que había observado mis citas nocturnas, y de que había visto á la mujer que me arrebató á mi hijo.... (¡Dios la haya perdonado!).... me aseguró que el maestro herrador era quien había tenido la dicha de adoptar al niño.

—Con estos datos procuré hablar con el herrador, y hé aquí lo que me pasó en aquella entrevista:

—Yo, señora, me dijo el herrador, es cierto que no soy muy amante de los muchachos, pero qué quiere usted; aquel niño me cayó en gracia; ¡y vaya si me cayó, pues resistí el enojo de mi pobre mujer! porque.... ¿pasará á creer su mercé que llegó á encelarse?... pues sí, señora, y más de un altercado tuvimos por la criatura; pero á pesar de todo la recogí, y con mucho gusto la bauticé en la santa parroquia, y le puse por nombre Gabriel, mi santo arcángel.

—¿Y así se llama? interrumpió doña Refugio.

—Para mí se llama Alberto.

—¿Por qué?

—Porque.... su padre me encargó que al hijo que íbamos á tener, le nombrara Alberto, y hasta en esto, señora, he creído encontrar no sé qué misterio, pues al hacerme tal encargo mi amante, me suplicó que nunca le preguntara las razones que tenía para que su hijo se llamara Alberto; yo respeté sumisa el secreto, y desde entonces, cada vez que llamo á mi hijo á solas, pronuncio ese nombre: Alberto, y ya hace como diez años que le llamo así.

—Siga usted, dijo doña Refugio.

—Aquel hombre, continuó Salomé, me contó con una nimiedad suma todas las peripecias de la vida de su hijo adoptivo, me relató minuciosamente todo lo que el niño hacía, y me dijo, por último, que mi hijo era el encanto de aquella pobre familia; y cuando aquel hombre llegó en su relato al momento en que perdió á Gabriel.... ¡ah! cuánto se lo agradezco, señora! aquel buen hombre lloró! Era mi hijo ya, me dijo, haga

usted cuenta que era mi hijo, porque yo le hice probar las primeras gotitas de leche, yo lo cuidé y lo mimé con toda mi alma.

—Mas tarde supe, continuó Salomé, que las compañías de maromeros suelen robarse á los niños para enseñarles el oficio; é inquiriendo y recordando fechas, vine á averiguar que la desaparición de Gabriel coincidía con la marcha de la compañía de acróbatas que había estado dando funciones en el pueblo.

—Entonces, todas mis pesquisas se dirigieron á seguir el derrotero de la compañía, y hoy mi vida, señora, es caminar de pueblo en pueblo buscando en las compañías de acróbatas á un hombre que se llame Melquiades, que fué, sin duda alguna, el que se robó á mi hijo.

—¿Pero ha tenido usted posteriormente algunos datos para asegurarlo?

—Sí, señora; supe que un año después de la desaparición de mi hijo, la compañía que había estado en el pueblo presentaba á la espectación pública un niño y una niña

acróbatas, y que el niño podía tener de seis á siete años.

—Hoy, señora, á estas horas debía yo haber hablado ya con el payaso de esta compañía que está aquí trabajando; ya he visto varios payasos, pero ninguno se llama Melquiades, ni ha estado en el pueblo donde nació mi hijo; y quién sabe si este payaso sea el que yo busco. Calcule usted cuál será mi aflicción al verme incomunicada.

—No tenga usted cuidado, interrumpió doña Refugio, que yo haré sus veces; hablaré con ese hombre, y si fuere el que usted busca sabrá usted cuanto sea necesario, porque yo le haré hablar.

—¡Mil gracias, señora! es usted mi angel tutelar! ¡Ay! mi situación no puede ser mas horrible; ya no podré seguir buscando á mi hijo, porque tal vez esté destinada á morir desesperada en una prisión; tiemblo ante los jueces; la palabra justicia me hace estremecer, y creo que todas las gentes leen en mi frente un letrero que revela mi primer delito... ¡Y estar presa, señora, cuan-

do después de diez años he vuelto á oír la voz del hombre á quien amo!... ¡Ay! me pierdo en un mar de conjeturas, de sospechas y de terribles ideas.

—¿Pero será posible que ese hombre sea ladrón?

—No, señora; yo lo juro, es un hombre muy honrado, ha sido mayordomo de una hacienda y lo fian y responden de él personas de suposición y de respeto.

—Entonces ¿por qué teme usted decir su nombre, y por qué él mismo encargó á usted que no lo dijera?

—Esa es una duda que me mata; y cuando llego á pensar que tal vez el despecho ó no sé qué otra causa haya podido inclinarlo á llevar una vida criminal, tiemblo ante esta idea, señora, y me basta vacilar siquiera, para que de mis labios no salga ese nombre que me convertiría en su delatora.

La concurrencia se retiraba en estos momentos de la maroma, y doña Refugio creyó conveniente sustraerse á las miradas de los curiosos, y no llamar la atención de sus

compañeros de paseo, quienes tendrían abundante pasto para sus habladurías, una vez convencidos que doña Refugio había preferido á la maroma, el hablar con una cómplice y espía de los ladrones.

De manera que, despidiéndose cariñosamente de Salomé, doña Refugio tuvo tiempo de entrar en su habitación y de recogerse sin ser notada.

Salomé se quedó sola sentada en su lecho, y entregada del todo á sus amargas reflexiones.



## CAPÍTULO XI.

CAE EN PODER DE LA JUSTICIA  
UN PÁJARO DE CUENTA.



la mañana siguiente, Castaños fué el primero que salió de las habitaciones, para respirar el aura matutina, teniendo el indisputable placer de oír el canto de las golondrinas y ver la ordeña, con camisa limpia, pues Castaños no era hombre que descuidara su tocador ni aún en las circunstancias mas difíciles; porque merced á ese refinamiento, según hemos dicho ya, no pasaba día por Castaños; había en la reunión personas que lo